

GRADO EN ECONOMÍA
CURSO ACADÉMICO 2025-2026

TRABAJO FIN DE GRADO

**COMPETENCIA ESTRATÉGICA EE. UU. VS CHINA:
LAS CLAVES PARA ENTENDER LA PUGNA POR EL
ORDEN MUNDIAL**

**STRATEGIC COMPETITION U.S. VS CHINA: KEY
INSIGHTS TO UNDERSTAND THE STRUGGLE FOR
THE WORLD ORDER**

AUTOR/A: Paula de Sandoval Anero

DIRECTOR/A: Rafael Domínguez Martín

OCTUBRE 2025

DECLARACIÓN RESPONSABLE

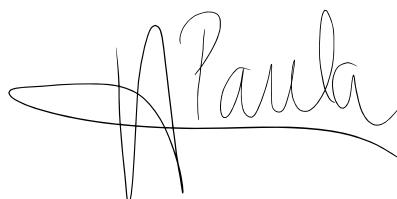
La persona que ha elaborado el TFG que se presenta es la única responsable de su contenido. La Universidad de Cantabria, así como quien ha ejercido su dirección, no son responsables del contenido último de este Trabajo.

En tal sentido, Don/Doña Paula de Sandoval Anero se hace responsable:

- 1. De la AUTORÍA Y ORIGINALIDAD del trabajo que se presenta.*
- 2. De que los DATOS y PUBLICACIONES en los que se basa la información contenida en el trabajo, o que han tenido una influencia relevante en el mismo, han sido citados en el texto y en la lista de referencias bibliográficas.*

Asimismo, declara que el Trabajo Fin de Grado tiene una extensión de máximo 10.000 palabras, excluidas tablas, cuadros, gráficos, bibliografía y anexos.

Fdo.: Paula de Sandoval Anero

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Paula". It consists of a stylized "P" followed by the name "Paula" written in a cursive script.

ÍNDICE

RESUMEN	4
ABSTRACT	4
1. INTRODUCCIÓN.....	5
2. NUEVA GUERRA FRÍA	6
3. ASCENSO CHINO	7
4. ANÁLISIS DE INDICADORES: EE. UU. VS CHINA	10
5. COMERCIO Y GUERRA COMERCIAL.....	13
6. DE GUERRA COMERCIAL A GUERRA TECNOLÓGICA.....	20
7. CONCLUSIÓN.....	25
8. BIBLIOGRAFÍA.....	27

RESUMEN

La llegada del siglo XXI estuvo marcada por la configuración de un orden unipolar que le otorgaba a Estados Unidos el rol de la gran potencia hegemónica con la finalización de la Guerra Fría. Sin embargo, nuevas tendencias indican que todo eso podría haber cambiado. La irrupción de China en el panorama internacional está transformando de manera profunda el equilibrio global, cuestionando las estructuras tradicionales del orden mundial. El presente trabajo pretende contextualizar los movimientos estratégicos que ambas potencias han estado poniendo en práctica estos últimos años y cómo estos se han convertido en una competición de grandes poderes. Desde la guerra de los aranceles hasta el dominio de los semiconductores, Estados Unidos y China están poniendo en despliegue todas sus herramientas políticas y económicas sobre la mesa, bajo la atenta mirada de un mundo que está siguiendo por primera vez en tiempo real y en HD cómo evoluciona uno de los procesos geopolíticos más relevantes de este siglo.

Palabras clave: Hegemonía, orden mundial, guerra comercial, carrera tecnológica, geopolítica.

ABSTRACT

The beginning of the 21st century was marked by the emergence of a unipolar order that granted the United States the role of the dominant hegemonic power following the end of the Cold War. However, new trends suggest that this reality may have changed. China's rise on the international stage is profoundly reshaping the global balance of power and challenging the traditional structures of the world order. This paper aims to contextualize the strategic moves that both powers have implemented in recent years and how these have evolved into a great power competition. From the trade war to the battle over semiconductor dominance, the United States and China are deploying all their political and economic tools, under the watchful eye of a world witnessing in real time and high definition the unfolding of one of the most significant geopolitical processes of this century.

Keywords: Hegemony, world order, trade war, technological race, geopolitics.

1. INTRODUCCIÓN

¿Qué tienen en común un astrónomo y un economista? No resultó una cuestión descabellada para una de las grandes mentes del siglo XX, Albert Einstein, quién trazó un paralelismo entre las metodologías de ambas disciplinas: “Los científicos en ambos campos procuran descubrir leyes de aceptabilidad general para un grupo circunscrito de fenómenos para hacer la interconexión de estos fenómenos tan claramente comprensible como sea posible” (Einstein, 1949). El deseo de conocer cómo funciona el mundo es lo que eleva en sí la existencia humana y lo que le otorga su propia humanidad. La ciencia, ese motor que ha hecho trascender a nuestra especie, bebe del vaso de la experiencia, la fuente de conocimiento más antigua de toda nuestra historia.

Volviendo a la cuestión económica, se podría establecer otra relación paralela con la proposición de que la ciencia no se entiende sin la economía, de la misma forma que la economía no se entiende sin la ciencia: “La ciencia puede proveer los medios con los que lograr ciertos fines. Pero los fines por sí mismos son concebidos por personas con altos ideales éticos y [...] son adoptados y llevados adelante por muchos seres humanos quienes, de forma semiconsciente, determinan la evolución lenta de la sociedad” (Einstein, 1949).

En el juego de los imperios sucede lo mismo. La justificación de la lucha imperialista podría partir de la premisa de la selección natural darwinista. “Los individuos que tengan alguna ventaja sobre los demás, por pequeña que esta sea, tendrán las mayores probabilidades de sobrevivir y de reproducir su especie.” (Darwin, 1900). Y esta proposición científica no es más que el resumen más conciso y efectivo de la historia del mundo tal y como se conoce; el resultado de siglos impregnados de luchas por la hegemonía materializadas en guerras, no tanto por la supervivencia, sino por la persecución del poder y la imposición de este. El surgimiento de un mundo fundamentado en la dicotomía *especie fuerte-especie débil*.

Así la lucha de imperios transformó al mundo en una suerte de tablero donde los dirigentes políticos y las élites económicas disponen de las fichas.

El presente trabajo pretende analizar desde un punto de vista histórico, estratégico y económico el gran acontecimiento predicho, a nivel transversal, de este nuevo siglo: la ruptura de los Estados Unidos con la hegemonía mundial y el cambio de paradigma bajo la sombra del desarrollo de China como una nueva superpotencia.

Tras la Segunda Guerra Mundial, *El Coloso de la Democracia Liberal* se transformó en el caballo ganador y jugó sus fichas de tal manera que las reglas del juego quedaron supeditadas a sus intereses propios. La partida estaba ganada y el tablero se mecía en un orden unipolar. O al menos así fue hasta el atentado de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. El ataque, para muchos autores, concentra las claves necesarias para entender las nuevas dinámicas del siglo XXI. El símbolo más puro de americanidad había sido atacado y derrumbado, como si fuera una suerte de promesa por cumplir. Y la respuesta estadounidense, por supuesto, se enmarcó en el rol hegemónico que trataba de asegurar. Aunque quizás, por primera vez desde la caída de la URSS, demostraba que tenía brechas franqueables.

Es innegable que la pirámide jerárquica sobre la que se rige el orden mundial es una carrera de fondo que se pierde en el horizonte. Y desde hace unos años, Estados Unidos ha dejado de cabalgar en solitario. La aparición de un nuevo caballo trastocó la percepción del sistema mundial. *La nueva amenaza*, China, comenzó a subir escalones en las apuestas a un ritmo acelerado, mientras se iba haciendo con las fichas del tablero. El resultado de esta competición se traduce en un periodo de tensiones geopolíticas marcado por la división del mundo en dos bloques.

La nueva dicotomía mundial, heredera de la Guerra Fría, es una de las principales cuestiones de actualidad que concierne no solo a los académicos, políticos y élites económicas, sino que trasciende a una ciudadanía que ve cómo el mundo está cambiando ante sus ojos.

En los siguientes apartados se contemplará la noción de una “nueva Guerra Fría” como marco interpretativo para comprender la competencia estratégica entre ambas potencias, tomando como referencia los dos conflictos complementarios más relevantes en la disputa por la supremacía: la guerra comercial y la guerra tecnológica. Asimismo, se pondrá el foco en el papel de China como símbolo del futuro geopolítico del mundo, explicando cómo ha conseguido irrumpir de tal manera en el escenario internacional bajo una sociedad aún estupefacta con su progreso sin precedentes.

2. NUEVA GUERRA FRÍA

Con la finalización de la Segunda Guerra Mundial el orden internacional quedó particionado en dos bloques que además de dividir al planeta geográficamente, — bloque oriental y bloque occidental—materializaban en forma de superpotencias mundiales las antípodas de la brújula política: el socialismo de la Unión Soviética y el liberalismo de Estados Unidos. Se había roto con el antiguo orden mundial y se había instaurado un nuevo sistema bipolar caracterizado por fuertes tensiones, donde ambas potencias habían comenzado la carrera por la reconstrucción de un mundo que se tambaleaba entre sus ruinas. Esta carrera de cuatro décadas recibió el nombre de Guerra Fría, y prometía a su ganador la hegemonía por el imperio, la ideología, la política, el relato, y las instituciones.

La caída del Muro de Berlín en el 1989 derrumbó simultáneamente los cimientos del sistema bipolar y, con la posterior disolución de la URSS, Estados Unidos se proclamó como el vencedor de la pugna por el nuevo orden. Desde entonces, el contexto de la esfera internacional ha sido unipolar.

Sin embargo, con la entrada del nuevo siglo, el orden internacional se ha visto afectado. Desde Estados Unidos y las élites occidentales se ha comenzado a hablar de una nueva amenaza autoritaria contra el orden liberal proveniente del este. Tomando como premisa las características más significativas del popular pulso entre Washington y Moscú (tensiones geopolíticas, dos potencias antagónicas, carrera científica y armamentística, etc.), desde la literatura académica se está tomando como objeto de debate la posibilidad de un nuevo conflicto global análogo al anteriormente mencionado: “Ya no

es discutible que Estados Unidos y China, aliados tácitos durante la última mitad de la última Guerra Fría, estén entrando en su propia nueva guerra fría.” (Gaddis, 2021). Sin embargo, este nuevo conflicto del siglo XXI desplaza las particularidades de las grandes guerras del siglo pasado. El contexto del mundo marcado por la globalización económica y sus propias instituciones supone el abandono del foco en la competencia territorial centrada en los Estados (Farrell and Newman, 2019). Esto abre un nuevo abanico de posibilidades sobre cómo abordar el conflicto, en el que China y Estados Unidos disputan por la centralidad de las *networks*. Conceptualizar este conflicto permite teorizar sobre cómo el impacto de una rivalidad geopolítica y geoeconómica en el siglo XXI se manifiesta en distintas partes del mundo.

El objetivo de ambos conflictos fue —y es— en tal caso, provocar el declive hegemónico de EE. UU. como principal superpotencia mundial.

3. ASCENSO CHINO

El fenómeno de la República Popular China ha sido el elefante en la habitación del panorama internacional más llamativo de las últimas décadas. La revista Times afirmaba en un artículo del año 1992 que “*China jamás podría convertirse en un gigante industrial en el siglo veintiuno, debido a su extensa población y su PIB demasiado pequeño*”. Treinta y tres años más tarde, es la segunda economía más grande del mundo, ocupando un 20% del PIB mundial y siendo la mayor exportadora de bienes y servicios. Además, desde 2008, China es el mayor contribuidor al crecimiento de la economía mundial (Banco Mundial, 2018).

Según el Banco Mundial, a principios de la década de los noventa China contaba con más de 750 millones de personas viviendo por debajo del umbral de pobreza (1.90\$ al día). En la década de los dos mil, era el 50% de la población la que aún se encontraba bajo una situación de riesgo de pobreza. Los últimos datos recogidos en 2020 apuntan a que ese porcentaje ha sido reducido a un 0%. En cuestión de cuatro décadas, el país asiático ha sido capaz de sacar de la pobreza a casi 800 millones de personas, reduciendo así tres cuartas partes de la pobreza mundial y propiciando la mayor reducción de pobreza de la historia moderna (World Bank Group, 2023).

Este proceso de crecimiento sin precedentes ha sido descrito por numerosos académicos bajo el pretexto del *Milagro chino*. Lo que hace cuarenta años se cimentaba bajo aceras de tierra, suministros insuficientes y apenas conocimientos sobre tecnología e ingeniería, hoy resulta ser el país de los rascacielos, infraestructuras imposibles, ciudades futuristas y tecnologías avanzadas.

El eje que vertebría el nacimiento, el desarrollo y la consolidación del gigante asiático se halla en los principios ideológicos del Partido Comunista Chino (PCCh), rescatando las influencias del marxismo-leninismo y de la Revolución Rusa. Heredero de las protestas estudiantiles en Tiananmen, impulsado por el liderazgo de Mao Zedong y reformulado por Deng Xiaoping, la posición actual de China no se puede comprender sin tomar la figura de Xi Jinping como el actor principal del desarrollo de las políticas claves para el crecimiento del país.

El nombramiento de Xi Jinping como secretario general del PCCh supone un punto de inflexión en la visión de la política exterior del país. Se rompió con el *ascenso pacífico* de Hu Jintao y se le otorga al gobierno la soberanía suficiente para defender sus intereses nacionales.

En este contexto político, surge el término de “gran estrategia”. Andrew Scobell y Zhu Feng, describen el concepto de la siguiente manera: “*La gran estrategia es el proceso mediante el cual un Estado relaciona fines a largo plazo con los medios bajo la rúbrica de una visión global y duradera para promover el interés nacional*”. En Estados Unidos han surgido varios enfoques para el estudio de la “gran estrategia”: “primacía”, “supremacía” y “hegemonía” (Porter, 2018). Desde Occidente, este término se examina para explicar el orden internacional en el contexto de la teoría de transición de poder y como las potencias mundiales luchan por la hegemonía (Mastanduno, 1997).

En el análisis de la gran estrategia de la potencia americana, se puede deducir que el principal objetivo de esta ha sido la reafirmación de la hegemonía liberal promovida por un orden internacional constituido por instituciones favorables al modo de gobierno y los intereses nacionales. Es decir, la consolidación del *statu quo* tras la Guerra Fría.

Por parte de China, se puede centrar el objetivo de la gran estrategia desde el *Rejuvenecimiento de la Nación*, que se erige bajo una redención histórica tras la superación del “*Siglo de Humillación*”. En este contexto ideológico, el objetivo principal del gobierno se centra en la modernización integral del país —económica, cultural, social, científica, ambiental, etc. —siguiendo el programa de socialismo con características chinas elaborado por Xi Jinping.

En 2015, el presidente chino anunciaba el programa “*Made in China 2025*” con la ambición de “transformar a China en una potencia manufacturera líder para el año 2049” (Schindler et al., 2023). En el plano económico-tecnológico, se puede entender como el principal programa de acción por parte de China de la estrategia para construir un país poderoso. Con esta medida, el gobierno chino entendía que la irrupción de nuevas tecnologías estaba cambiando los sistemas industriales y que el país debía adaptarse a los nuevos modelos de producción para mantenerse en la ola de los patrones de comercio del panorama internacional, aun siendo consciente de las limitaciones en materia de innovación que presentaba el país por aquel entonces.

El programa presentado el 8 de mayo de 2015 cuenta con los siguientes puntos básicos:

1. *Impulsar la innovación mediante mejoras en las instituciones, su promoción entre industrias y convertirla en el centro de los objetivos de crecimiento y desarrollo.*
2. *Producir una mejora sustancial en la calidad mediante regulaciones, nuevos estándares y una nueva cultura de calidad avanzada.*
3. *Adherirse al desarrollo sostenible como un enfoque importante para construir un país manufacturero poderoso, fortalecer la promoción y aplicación de tecnologías, procesos y equipos de ahorro de energía y protección ambiental, y promover la producción limpia mediante el desarrollo de una economía circular.*

4. Adherirse al **ajuste estructural** como un vínculo clave, desarrollar la fabricación avanzada, y transformar y mejorar las industrias tradicionales mediante la optimización del plano industrial y el cultivo de grupos industriales y empresariales con competitividad central.
5. Acelerar el cultivo de **talentos** profesionales y técnicos, talentos de gestión empresarial y talentos cualificados que se necesitan para el desarrollo de la industria manufacturera.

Con estas estrategias clave, el país asiático busca eliminar su dependencia en materia de tecnología con respecto a otros países avanzados, especialmente EE. UU., y fomentar una industria nacional robusta en diez sectores clave: Tecnologías de la información, máquinas-herramientas automatizadas y robótica, equipos aeroespaciales y aeronáuticos, equipos de ingeniería oceánica y transporte marítimo de alta tecnología, equipos modernos de transporte ferroviario, vehículos de ahorro de energía y de nueva energía, equipos de energía, nuevos materiales, medicamentos y dispositivos médicos, y equipos agrícolas.

Además, el gobierno ha desplegado una amplia amalgama de cambios regulatorios para la persecución de los resultados deseados. Los nuevos estándares que restringen la competencia extranjera en China y brindan acceso a tecnología exterior se han convertido en una prioridad. También se han establecido nuevos marcos legales amparados por la Estrategia de Ciberseguridad Nacional y la Ley de Ciberseguridad con el objetivo de acoger a futuros productos y servicios tecnológicos. Así mismo, se ha establecido un plan de construcción de 40 centros nacionales y 48 provinciales para el desarrollo de la innovación como el resultado de la coordinación entre las entidades estatales (IDSP, 2018).

El apoyo financiero no se ha quedado atrás en la agenda de proyectos. Uno de los planes financieros más ambiciosos es la creación de un fondo para los semiconductores que apoye económicamente a empresas como Xiaomi para el desarrollo de procesadores para *smartphones*. Además, los bancos estatales están distribuyendo subsidios, préstamos a bajo interés y bonos, especialmente para pequeñas y medianas empresas. Y a esto se le suma la financiación directa por parte de otros organismos, como el Fondo de Manufactura Avanzada que dispone de 3000 millones de dólares para modernizar la tecnología en industrias clave (IDSP, 2018).

El resultado de la implementación de estas políticas amparadas por el logro del *sueño chino* es la transformación vertiginosa del país y la obtención de una posición de liderazgo en multitud de sectores estratégicos. Ocupa el primer puesto en el ranking de patentes registradas (WIPO, 2024) y es dominante en áreas como la IA, las telecomunicaciones, vehículos eléctricos, tecnologías verdes, materiales raros, etc. Además, realiza numerosas inversiones en infraestructura (trenes de alta velocidad, parques científicos, centrales hidroeléctricas, líneas de alta tensión, etc.) y cuenta con planes de integración tecnológica en las áreas cotidianas. Desde Pekín, y a ojos del resto del mundo, el proyecto ha sido un éxito. La planificación con horizontes a largo plazo desde la centralización del gobierno chino le ha permitido al país encontrarse en la posición actual de líder en sectores clave. Sin embargo, la tarea no ha terminado. Las

expectativas sitúan los próximos horizontes como las puertas de entrada al nuevo mundo.

4. ANÁLISIS DE INDICADORES: EE. UU. VS CHINA

La gran diferencia que aleja la analogía entre la Guerra Fría y “La Segunda Guerra Fría” o la escalada del conflicto entre EE. UU. y China es la manera en la que se lleva a cabo dicha guerra y la posición que ocupan sus aliados. Una guerra donde los límites de las alianzas están desdibujados y pueden cambiar en cualquier momento y que, además, no se ciernen a contratos holísticos donde las coaliciones se perciben como un “pack”, sino que otorgan a los países dependientes la voluntad de elegir en función de sus intereses con qué bloque cooperar. Así pues, se contempla una disputa por la dominancia en determinados sectores estratégicos claves, utilizando la geopolítica como una herramienta por la consecución de la hegemonía global.

Desde la Revolución Industrial, los avances tecnológicos se han ido manifestando a través de flujos de innovación que han ido modificando las industrias y las dinámicas económicas y sociales. Los países capaces de adaptarse al ritmo de dichas olas son los países que garantizan su supervivencia.

Primero fue la industria textil y la hidráulica (primera ola), seguida del ferrocarril y el acero (segunda ola), la electricidad, los automóviles y los químicos (tercera ola), y la aviación, la electrónica y los petroquímicos (cuarta ola). A partir de la quinta ola, con las redes digitales, el software y las Tecnologías de la Información, surge el presente debate analizado en este trabajo, con la irrupción de China a la cabeza de las industrias.

El futuro de dicha cuestión yace en la carrera entre el gigante asiático y el imperio americano por la centralidad de la sexta y última ola de innovación que crece de manera acelerada: la digitalización de la mano de las Inteligencias Artificiales, las Tecnologías Verdes, la robótica y los drones y la IT (*Information Technology*). De acuerdo con la teoría schumpeteriana, el momento actual podría definirse como un periodo en el que en la lucha por el liderazgo de los nuevos mercados, la eficacia en la adaptación a esta nueva fase estará condicionada por la capacidad de los gobiernos para asignar estratégicamente recursos técnicos y financieros y realizar inversiones sostenidas en infraestructura. En el caso de EE. UU. y China, el objetivo no es solo la capacidad de adaptación, sino reafirmarse como la nación pionera y conseguir establecer una posición de liderazgo inamovible en el mercado internacional.

Con el ascenso de China, no solo se han alterado las relaciones con las mayores potencias geopolíticas y geoeconómicas, sino que también se han configurado y remodelado las relaciones con el resto de los países.

Actualmente, China se posiciona como la segunda economía más grande del mundo. Además, desde el 2010 China es el país más manufacturero y hoy en día presume de producir un tercio del valor manufacturero global, mientras que su competidor americano ocupa un quinto de la producción (Allison et. al, 2022).

En la misma línea, realizar un análisis del crecimiento de China sin tener en cuenta el papel del comercio sería un error. Tras la reforma económica iniciada en la década de los setenta bajo el mandato de Deng Xiaoping, el país asiático ha ido utilizado los

beneficios de la apertura al exterior orquestando un plan para cumplir ante sus propios intereses; y es que para la gran mayoría de países resulta prácticamente imposible reducir la dependencia de las cadenas de suministro chinas en determinados sectores clave. El control de los flujos de capital, las mercancías, la fuerza de trabajo, el conocimiento, los datos, los estándares técnicos, entre otras cosas, suponen una urgencia estratégica que bajo las leyes del capital se presenta como indispensable (Winecoff, 2020).

Tradicionalmente, los economistas han utilizado los tipos de cambio del mercado para calcular el PIB. Dicho cálculo toma como referencia a la economía estadounidense como base —en reflejo de la dominancia de esta en la economía global tras la II GM— y mide el valor de los bienes y los servicios del resto de países en dólares estadounidenses (Allison et al., 2022).

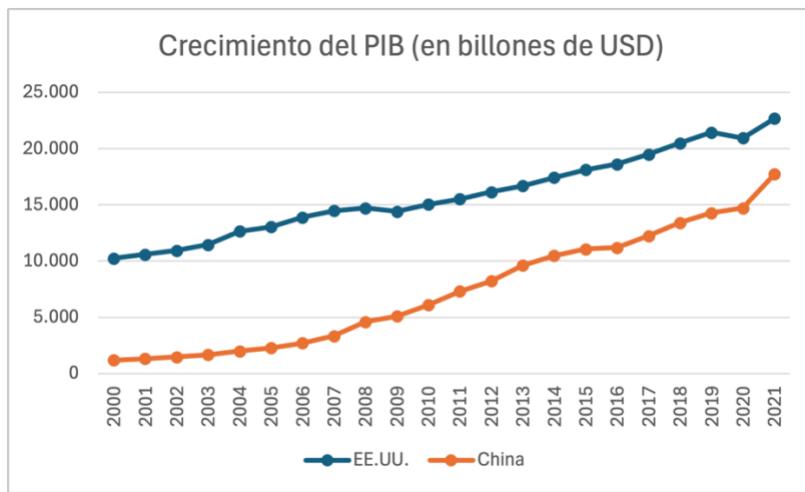


Figura 1: Evolución del PIB. Datos: Banco Mundial. Elaboración Propia.

Como puede apreciarse en el gráfico de la Figura 1, el crecimiento de China ha crecido a una tasa superior que el crecimiento americano. Durante este período (2000-2021), China ha registrado tasas de crecimiento reales con un promedio del 8,7 % anual, el 10,3 % en la primera década y el 7,2 % en la segunda. Mientras que, en Estados Unidos en comparación, el PIB creció de 10,3 billones de dólares en el año 2000 a 24 billones de dólares en 2021, con un crecimiento medio real del PIB de solo el 2 % anual durante estas dos primeras décadas. Las expectativas que se mantienen a corto plazo con relación al crecimiento de ambos países sitúan un crecimiento del 1.7% para EE. UU. y del 4.6% para China en 2026 según el Fondo Monetario Internacional. Mientras que los Estados Unidos presentan signos de una economía estancada e inerte, y pese a la desaceleración del crecimiento de China, el margen de crecimiento existente entre ambos países podría suponer para China la toma del relevo como la economía más poderosa del mundo en los próximos años si se mantienen las tendencias.

Entre otros indicadores, el PIB per cápita también resulta un llamativo soplo de positivismo para el país asiático. La brecha que separaba inicialmente a las dos principales superpotencias ha sido reducida con consistencia. Según el Banco Mundial,

a principios de siglo los ingresos anuales de los estadounidenses eran 36 veces más que los de los chinos: 36.000 dólares frente a casi 1.000 dólares. En 2020, mientras que en EE. UU. el PIB per cápita casi se duplicó a 63.000 dólares, el de China ascendió a 10.000 dólares, lo cual resulta en diez veces el dato inicial.

No obstante, siguiendo las indicaciones de la CIA y del FMI tomando como referencia la Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) como indicador principal para la comparación de distintas economías nacionales —eliminando las diferencias entre los niveles de precios— entonces anunciamos la situación económica actual bajo un nuevo titular: China es la economía más grande del mundo, desplazando a los Estados Unidos (Allison, 2025). El informe del FMI detalla que la economía de China es una sexta parte más grande que la de Estados Unidos (24,2 billones de dólares frente a los 20,8 billones de dólares de los Estados Unidos), tambaleando los cimientos de la hegemonía americana y abriendo de nuevo un espacio que permite el cuestionamiento de cómo está cambiando el paradigma y cómo va a evolucionar el mundo en un periodo no tan lejano.

En cuanto a índices de pobreza, en Estados Unidos la tasa oficial de población viviendo bajo la línea nacional de pobreza, definida por la [Oficina del Censo](#) se fijó con un porcentaje de en torno al 11.1% en 2023, afectando 36.8 millones de personas. En ese mismo año, la tasa suplementaria de pobreza—un indicador no oficial que incluye los beneficios no monetarios y los gastos necesarios— ascendía al 12.9%.

China, por su parte, ha protagonizado una reducción masiva de la pobreza extrema en paralelo a su transformación estructural mediante un crecimiento económico sostenido, una inversión masiva en infraestructura y la garantía de protección institucional. En términos de líneas de pobreza nacionales, China fue declarada libre de pobreza absoluta en noviembre de 2020.

Atendiendo a la desigualdad social, los Índices de Gini elaborados por el Banco Mundial presentan para EE. UU. y China unas tasas de 41,8 y 37,5 respectivamente como se muestra en la Figura 2.

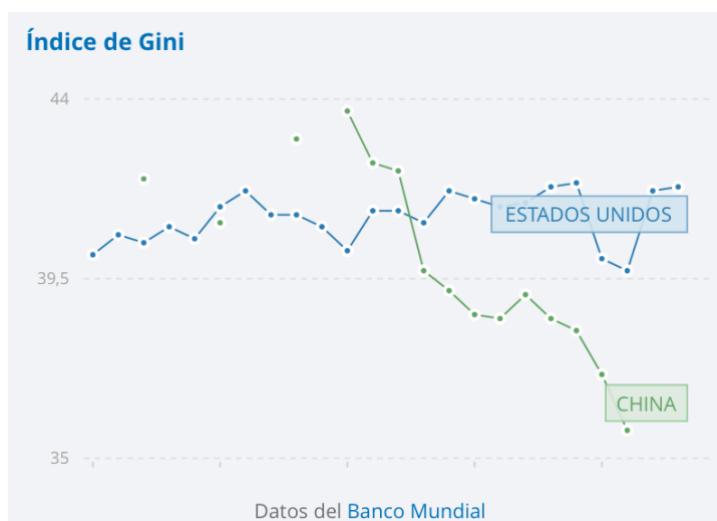


Figura 2: Índice de Gini Fuente: Banco Mundial.

El gráfico muestra como las tendencias entre ambos países cada vez se alejan más. En EE. UU la desigualdad continua a la orden del día como una problemática pendiente en su agenda política mientras que en China se está dando una progresiva disminución, reafirmando el compromiso del gobierno y de las instituciones con la seguridad nacional.

Observando dichos indicadores, no resulta desvariado pensar que el imperio americano pudiera encontrarse en decadencia y a la espera de que una nueva superpotencia ocupe su rol estabilizador en el contexto global.

5. COMERCIO Y GUERRA COMERCIAL

Uno de los eventos que ha dinamitado la coyuntura internacional de manera transversal ha sido el estallido de una nueva guerra comercial entre Estados Unidos y China tras la imposición de las restricciones comerciales del presidente Trump después de adoptar la presidencia en su segundo mandato político. No resulta una novedad, pues quienes se acuerdan de su primera toma de poder en 2017, recuerdan cómo la brecha irreparable entre ambos países se resquebrajó en primera instancia debido a la imposición americana de aranceles sobre diversos productos chinos y la respuesta contundente que se envió desde Pekín. La estrategia desde entonces no cesó con el presidente Biden, quien decidió continuar con la agenda de contención hacia el país asiático ante la existencia de “una amenaza contra la seguridad americana”.

Para entender el contexto de las relaciones actuales y las tensiones geopolíticas y económicas, es necesario remontarse a 2017.

Como consecuencia de la ruptura de relaciones de EE. UU. y China en 2017 tras la victoria del candidato republicano Donald Trump, han sido numerosas las ocasiones en las que el presidente reelecto ha señalado a China como una nueva amenaza para el poder, la influencia y los intereses estadounidenses cuyo fin es deteriorar la seguridad y la prosperidad del país. Comenzaba así su primera declaración oficial como presidente en la *National Security Strategy (2017)*:

“Compatriotas estadounidenses:

El pueblo estadounidense me eligió para hacer de Estados Unidos un país grande de nuevo. Prometí que mi administración priorizaría la seguridad, los intereses y el bienestar de nuestros ciudadanos. Me comprometí a revitalizar la economía estadounidense, reconstruir nuestras fuerzas armadas, defender nuestras fronteras, proteger nuestra soberanía y promover nuestros valores [...]. Estados Unidos se enfrenta a un mundo peligroso, lleno de una amplia gama de amenazas que se han intensificado en los últimos años. [...]. Las potencias rivales estaban socavando agresivamente los intereses estadounidenses en todo el mundo. Las prácticas comerciales desleales han debilitado nuestra economía y exportado nuestros empleos al extranjero.”

Con la última frase se sentenciaba así el inicio de una guerra comercial que sigue vigente hoy en día con especial fervor. Sin embargo, la percepción de Pekín desde Washington ha evolucionado significativamente desde entonces. Con el comienzo del

deterioro de las relaciones diplomáticas entre ambas potencias, EE. UU. jamás abandonó su *excepcionalismo americano*. El propio Trump tuiteaba en marzo de 2018 desde su perfil personal de Twitter —ahora X, tras la adquisición de la aplicación por Elon Musk, con quién mantiene una estrecha relación y quien ha sido crucial en las elecciones de 2024— que “las guerras comerciales son fáciles de ganar”, reclamando el papel de EE. UU. en la economía global y sentenciando una declaración de intenciones provocadora para quienes se atreviesen a desafiar la supremacía americana.

Las perspectivas anteriores al desarrollo del conflicto sugerían la liberalización de la economía china y la integración del país al sistema vigente con Estados Unidos a la cabeza. La nación americana había dejado de percibir la amenaza de un pasado revolucionario maoísta, sustituyendo esa visión por una oportunidad de negocio con un socio comercial en potencia. En la década de los dos mil, las élites políticas chinas fueron institucionalizándose y el estado de derecho tomó especial fuerza (Fewsmith, 2021). Sin embargo, la creciente democratización sumada al crecimiento económico generalizado fue acompañado de un incremento del sector privado en la actuación nacional. Esto provocó un descontento generalizado en el campo que deslegitimó al PCCh y lo sumió en un estado de flaqueza. Al tiempo que esto ocurría, en Estados Unidos en 2008 estalló la burbuja de las hipotecas *subprime*. El gobierno chino se vio vinculado a la crisis americana y entonces sucedió el punto de inflexión que cambiaría el rumbo político del partido. Washington ya no era un socio confiable, y, además, había demostrado claros signos de debilidad (Schindler et al., 2023).

Su hermetismo característico le había permitido a China profesar un ascenso silencioso, casi invisible, que desde occidente no se percibía. Pero con la toma de poder de Trump en 2017, los ojos que antes no miraban hacia el este ahora ofrecían una mirada recelosa. El entonces candidato basó parte de su campaña política en demostrar su inconformidad con el país asiático en cuestiones de política comercial. Su promesa electoral anunciaba un incremento de los aranceles del 35% al 45% a los productos chinos, poniendo en jaque a China para la renegociación de determinados acuerdos. La premisa de denuncia era la agresión económica que el país asiático llevaba ejerciendo desde hacía unos años, distorsionando las políticas de mercado y socavando las reglas del comercio internacional (Hlovor & Mawuko-Yevugah, 2024).

Asimismo, el que por entonces era considerado el gigante tecnológico, veía la competencia china no solo como una amenaza a su posición de dominancia, sino que también como una amenaza a la sociedad de mercado. Así lo declaraba Trump en 2017: “*Cada año, competidores como China roban propiedad intelectual estadounidense valorada en cientos de miles de millones de dólares. El robo de tecnología patentada y de ideas incipientes permite a los competidores aprovecharse injustamente de la innovación de las sociedades libres*”. Incluso se abrieron comités de investigación contra numerosas empresas chinas, tanto privadas como estatales. De acuerdo con estimaciones oficiales del gobierno de los Estados Unidos, las actividades vinculadas a la piratería, la falsificación de productos y el robo de propiedad intelectual generaban pérdidas anuales estimadas en 600 mil millones de dólares.

Las promesas electorales finalmente se cumplieron en 2018. Durante el primer trimestre de 2018 entraron en vigor los primeros aranceles—concretamente al aluminio y al acero—y la respuesta china fue instantánea.

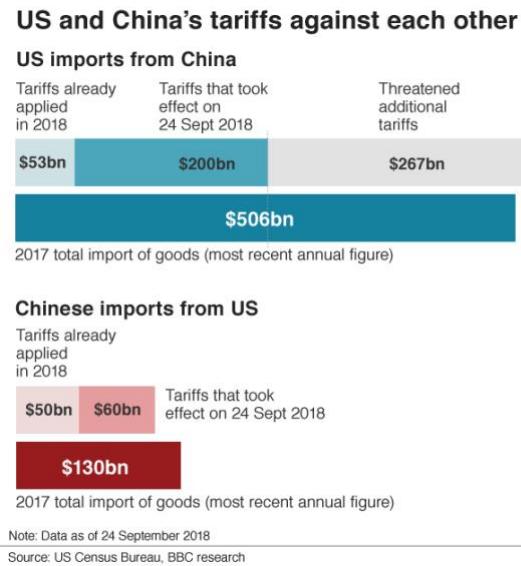


Figura 3: Aranceles impuestos entre EE. UU. y China. Fuente: BBC

El gráfico de la figura 3 pone de manifiesto la asimetría comercial existente entre ambos países en el momento de la imposición de los aranceles. El volumen de exportaciones de China era sustancialmente mayor que el americano. En total, unos 53 billones de dólares afectaron a las importaciones de bienes en EE. UU. y la cifra en China afectaba a 50 billones de dólares.

Los intentos de negociaciones interrumpieron la batalla con alguna tregua intermitente (como la de diciembre de 2018 - marzo de 2019). Pero rápidamente volvieron a la carga. Las tensiones sin resolver entre ambos países, en mitad de un clima hostil para las negociaciones, hicieron que cada potencia se ciñese a sus propios intereses sin encontrar un acuerdo común: Estados Unidos no estaba dispuesto a perder dominancia y China exigía un cese de la persecución a su tejido industrial.

El tira y afloja continuó hasta que, en 2020, a finales del mandato de Trump, se firmó la fase uno del acuerdo comercial para el cese de la actividad arancelaria. Entre otros puntos, China se comprometía a:

- Formalizar un sistema legal que amparara la propiedad intelectual; incluyendo los secretos comerciales, las patentes o la lucha contra la piratería.
- Regularizar la transferencia de tecnología (punto clave en el desarrollo de la industria china), actuando conforme a las reglas del mercado y de manera completamente transparente.
- Eliminar restricciones a productos agrícolas de origen estadounidense, promoviendo la importación de menesteres americanos en el país.
- Establecer un compromiso para evitar la devaluación competitiva del yuan y garantizar una mayor transparencia, reportando incluso intervenciones cambiarias.
- Aumentar en 200 mil millones de dólares las importaciones desde EE. UU. (respecto a los niveles de 2017) durante el próximo año de ejercicio (2020-2021).
- Crear un mecanismo bilateral para evaluar la implementación del acuerdo y resolver disputas sin necesidad de acudir a la OMC.

Se abría entonces un nuevo capítulo en la historia de las relaciones comerciales y diplomáticas de las dos potencias.

No obstante, la vinculación de dichos acuerdos quedó mermada debido a la pandemia de la COVID-19 que paralizó la actividad económica y comercial a nivel global. Sin embargo, algunos académicos ya aludían previamente que la praxis del acuerdo carecía de evidencias de estrategia a largo plazo. Así pues, en el panorama general su impacto quedaría limitado. Incluso en las semanas posteriores a la firma del acuerdo, este se vería eclipsado por eventos como el brote de coronavirus en China y las próximas elecciones estadounidenses de 2020. A medida que la narrativa de la "guerra comercial" disminuía, la "guerra tecnológica" estaba ocupando un lugar central, con Washington proponiendo medidas cada vez más inventivas y agresivas para frenar el control de Huawei sobre las redes globales 5G (Gertz, 2020). La fuerza de contención hacia estas empresas no era más que un signo de intentar frenar el avance hacia la dominancia de una tecnología clave en las próximas décadas. Ergo, varias marcas estadounidenses como Google, Intel y Qualcomm decidieron romper los vínculos que mantenían con la empresa china. Durante los años de mandato de la administración Trump, las medidas sancionatorias no solo fueron dirigidas a empresas chinas de carácter estatal y privado, sino que también afectaron a altos funcionarios del Partido Comunista de China, en el marco de una estrategia de presión económica y geopolítica.

Con la elección presidencial del candidato demócrata, Joe Biden, las tensiones comerciales lejos de amainarse se intensificaron. La administración Biden definió el conflicto con la República Popular China como una "competencia de grandes potencias" (Great Power Competition) y colocó a dicho enfrentamiento en el centro de los asuntos de defensa nacional, desplazando la intervención norteamericana en el Medio Oriente. La visión americana sobre el equilibrio de poder mundial sentenció a China como una eminencia de gobierno autoritario que pretendía socavar los intereses de la democracia exportando un orden internacional *anti-liberal* (Congressional Research Service, 2024).

Los aranceles a productos chinos de Trump se mantuvieron durante la legislatura demócrata e incluso se impusieron nuevas sanciones, colocando en el centro de la diana a la industria tecnológica. En 2021, numerosas compañías de computación chinas fueron vetadas (en la *Entity List*) por el gobierno estadounidense debido a su cooperación con el ejército chino y se firmó una orden ejecutiva que prohibía la inversión en dichas empresas que tuvieran relación con el aparato militar de la RPC (Hlovor & Mawuko-Yevugah, 2024). Posteriormente, en 2022, se impusieron nuevos controles a la exportación de semiconductores y tecnología de fabricación de chips— a empresas como KLA Corp, Lam Research Corp y Applied Materials Inc— hacia el sector chino, así como se limitaron las posibilidades de trabajar con productores de chips chinos (Helleiner, 2024). El Senado por su parte, aprobó un proyecto de ley de 280 mil millones de dólares para estimular el crecimiento tecnológico y manufacturero con el fin de contrarrestar a China, cuya presencia era ingrata en los mercados estadounidenses y en determinadas áreas de especialización. En gran medida, la administración Biden ha tratado de restringir el acceso de China a la tecnología estadounidense para contrarrestar el aumento chino en el mercado tecnológico (Hlovor & Mawuko-Yevugah, 2024).

La respuesta de Pekín ha sido, desde entonces, establecer leyes en favor de garantizar la seguridad nacional mediante la restricción del comercio y la penalización a los agentes extranjeros que infunden prácticas discriminatorias contra la industria china. Además, importantes empresas chinas de propiedad estatal dejaron de cotizar en la bolsa estadounidense debido a su falta de voluntad de cumplir con las restricciones norteamericanas.

Sin embargo, el punto álgido en la escalada del conflicto se alcanzaría este año 2025 con la re-elección del candidato republicano Donald Trump. Diez días después de su ordenación, Trump firmaba un decreto que imponía aranceles del 10% a las importaciones de productos provenientes de China, lo que sacudía con fuerza los cimientos de la economía global. El alarmismo por el aumento de los precios y el clima de incertidumbre empresarial derivados de la medida económica abrían las noticias de todo el mundo. El presidente americano empezaba su mandato dando un golpe encima de la mesa.

La medida fue tomada en pos de “proteger el interés nacional” y con la intención de impulsar las manufacturas americanas y financiar los recortes de impuestos, pese a la negativa de empresarios, diplomáticos y economistas. El auge de los precios provocado por los aranceles fortalecería el dólar, haciendo que los estadounidenses compren menos producto extranjero y por lo tanto aumenten su poder adquisitivo contrarrestando la subida. La realidad es que los tipos de cambio dependen de más factores a parte del comercio. Sin embargo, incluso con la apreciación del dólar, el daño colateral se traslada a los exportadores, cuyos productos se vuelven más caros para los compradores internacionales (provocando un dólar más débil). La demanda americana de importaciones disminuiría, pero también lo haría la demanda extranjera de productos americanos. La agenda neomercantilista del presidente Trump, en un mundo donde la principal potencia comercial del mundo ya no es EE. UU, se traduciría en una política de asilamiento del propio país americano. Mark Rocan—un miembro de la Cámara de Representantes por el partido Demócrata—le hacía hace tan solo un mes la siguiente pregunta al secretario del Tesoro, Scott Bessent: ¿Quién paga los aranceles?

La respuesta no llegó. Así confirmaba las sospechas el CEO de Walmart: “Haremos lo posible para mantener los precios bajos, pero dada la magnitud de los aranceles, no seremos capaces de absorberlos debido a la presión de las cadenas de suministro”. Los aranceles, en efecto, se trasladarían al consumidor. Además, los aranceles también menguan el crecimiento económico al crear una “pérdida de peso muerto”, ya que la demanda está sesgada hacia las empresas nacionales incluso cuando son menos eficientes (The Economist, 2025). Como consecuencia de esto, los recursos se desperdiciarían en la producción, que resulta más cara que en otra ocasión. El resultado es una gran distorsión económica y menores ingresos en toda la economía.

COMPETENCIA ESTRATÉGICA: EE. UU. VS CHINA

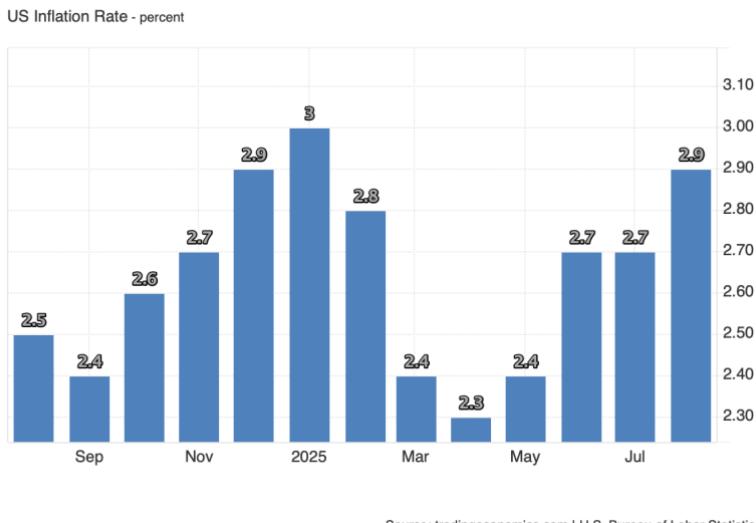


Figura 4: Inflación en EE. UU. entre agosto de 2024 y agosto de 2025. Fuente: Trading Economics.

Con el anuncio de la imposición arancelaria, las tasas inflacionarias consiguieron mantenerse estables. Sin embargo, varios economistas ya predijeron que la subida de la inflación se daría con la llegada del verano. Marc Gianonni, economista jefe de Barclay, apuntaba que la subida inflacionaria "es una cuestión de tiempo". Omair Sharif, fundador de la firma de investigación *Inflation Insights*, atribuyó la contención de mayo a la acumulación de suministros que los minoristas adquirieron a principios de este año, antes de la entrada en vigor de los aranceles. Eso creó un efecto amortiguador para los vendedores y así retrasar el aumento de los precios hasta que se agoten dichas existencias. Asimismo, desde *Inflation Insights* toman como referencia los precedentes de 2018. Afirman que el ciclo puede llevar varios meses, como demostró la guerra comercial del primer mandato. Por ejemplo, las lavadoras, que se vieron directamente afectadas por los aranceles del presidente en 2018, no se encarecieron de inmediato. Pero después de unos cinco meses, los costos más altos se pasaron casi "uno a uno" a los consumidores (Smith, 2025).

China, por su parte, a través del portavoz del Ministerio de Exteriores, no titubeó en advertir que no cederían ante las presiones de la potencia norteamericana, declarando lo siguiente: "Si Estados Unidos quiere una guerra, ya sea arancelaria, comercial o de cualquier otro tipo, estamos dispuestos a luchar hasta el final". El país asiático entró en la dinámica estratégica de responder como si se tratara de una partida de ping pong. Si Trump imponía aranceles del 10% a las importaciones chinas, Pekín contraatacabía con aranceles del 15% al carbón y al gas y del 10% al petróleo, maquinaria agrícola y automóviles. Trump volvía a lanzar su ofensiva y China respondía con firmeza una vez más. Llegaron a escalar hasta un 145% de arancel a todos los productos chinos y un 125% de arancel a los productos americanos.

La situación actual navega en la deriva de la incertidumbre aún desde el anuncio de la tregua de 90 días que se hizo público el pasado mayo. Y así continuará, al menos, hasta el 10 de noviembre tras la renovación de dicha tregua en el acuerdo alcanzado el pasado 12 de agosto. Ambas potencias se dieron 90 días (ahora 180 días) para cesar las

hostilidades y comenzar acercamientos a través de las negociaciones, con una primera iniciativa de reducir los aranceles al 30% en el caso de Estados Unidos y la reducción al 10% en el caso de China. Además, durante estos meses se han aprobado determinadas concesiones, como la exportación de minerales provenientes de China utilizados en el sector de la electrónica y en el automovilístico y EE. UU. por su parte ha retirado el control a las exportaciones de microchips, permitiendo a empresas como Nvidia y AMD realizar exportaciones al país asiático con la condición de pagar al gobierno el 15% de los beneficios generados.

No obstante, la realidad del conflicto se presenta compleja de resolver. Estados Unidos es consciente de que su hegemonía comercial ha terminado y que, además, se enfrenta a una fuerte dependencia de su mayor competidor.

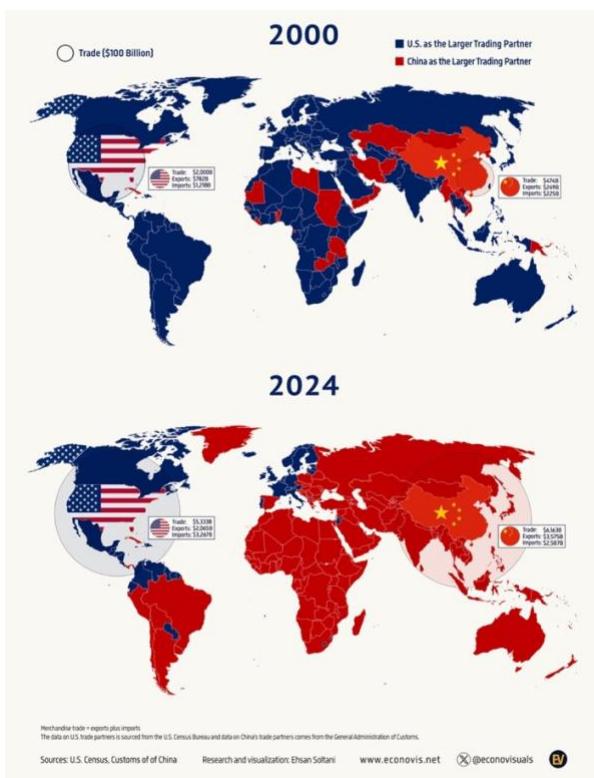


Figura 5: Socios comerciales de EE. UU. y China en los años 2000 y 2024. Fuente: Econovis.

La figura 5 sintetiza una de las claves del conflicto. En poco más de dos décadas, China se ha convertido en el mayor socio comercial del mundo, arrebatándole la influencia al país americano. Es relevante señalar que, en 2024, el intercambio comercial entre las dos principales potencias económicas mundiales ascendió a los 582.400 millones de dólares, de los cuales 438.900 millones —equivalentes al 75,36 % del total— correspondieron a importaciones realizadas por Estados Unidos (United States Trade Representative, 2025). La realidad es que para el país norteamericano es inescapable la dependencia que mantiene con la industria china. Y bajo la situación de esclerosis comercial que mantiene EE. UU., derivado del gran déficit que ostenta su balanza

comercial, la jugada de Trump —que podría ser interpretada como fruto de un berrinche por ver cómo *America is not great anymore* o como un instrumento para bloquear la capacidad tecnológica de China— podría acabar de dinamitar la economía estadounidense.



Figura 6: Balanza comercial estadounidense. Fuente: Econovis.

En este contexto, las medidas arancelarias adoptadas podrían tener un impacto sustancial no solo en el comercio bilateral, sino también en el sistema internacional en su conjunto, con el potencial de acelerar tanto el proceso de desacoplamiento económico como una reconfiguración estructural de la globalización tal como ha sido concebida en las últimas décadas. Esta tendencia ya fue marcada cuando los mercados de valores de todas las partes del mundo amanecieron en rojo a la mañana siguiente de la declaración de guerra comercial que Estados Unidos le lanzaba al mundo. No se pueden sacar conclusiones precipitadas sobre el desarrollo y el desenlace de esta guerra, pero la volatilidad de los mercados financieros en la era de la globalización suscitan la presencia fantasmal de una nueva recesión a gran escala.

6. DE GUERRA COMERCIAL A GUERRA TECNOLÓGICA

En la última década, el panorama internacional ha experimentado una transformación marcada por el ascenso de China como potencia tecnológica y la creciente percepción de Estados Unidos de que la competencia ya no está limitada únicamente al ámbito comercial tradicional. El ex director de la CIA durante el mandato del presidente Biden, Bill Burns, señalaba que la dominancia tecnológica era el principal escenario de competición del país americano con relación a China.

El progreso acelerado en sectores estratégicos como la inteligencia artificial, los semiconductores, las telecomunicaciones y las energías renovables ha redefinido las bases del poder global, trasladando el eje del conflicto desde los intercambios de bienes hacia el control de la innovación (y conocimiento). Como se viene recogiendo en el presente trabajo, la estructura del mundo está cambiando, del mismo modo que lo está haciendo el campo de batalla. En este contexto, la guerra comercial debe entenderse como una etapa transicional hacia el nuevo conflicto de intereses del siglo XXI: la guerra tecnológica, en la que el dominio sobre las cadenas de valor digitales y la capacidad de imponer estándares globales se configuran como elementos decisivos para la hegemonía geopolítica.

El presidente Xi Jinping hacía declaraciones análogas en 2021, afirmando que “la innovación tecnológica se había convertido en el principal campo de batalla, y que la competencia por la dominancia tendría un aumento sin precedentes”. Las políticas llevadas a cabo en el país asiático han sido el reflejo de sus palabras. El objetivo establecido por el gobierno se vertebraba en base a lograr una transición de una economía manufacturera intensiva en mano de obra impulsada por las exportaciones a una economía de consumo doméstico, de servicios y alta tecnología con la que poder hacer competencia a las grandes economías de occidente.

El resultado de la reconfiguración de la estructura del país bajo el mandato del presidente Jinping no ha sido otro mas que la colocación de China como el principal competidor tecnológico directo de EE. UU. y —si las tendencias se mantienen— con una previsión para 2030 de “convertirse en un país con una economía más grande, con mayor investigación y desarrollo de inversiones, con mejores investigaciones, con un despliegue de nuevas tecnologías más amplio y una estructura computacional más fuerte” (Eric Schimdt, 2020).

Una de las nuevas tecnologías potenciales a revolucionar no solo el panorama tecnológico, sino también el social y cultural y que ya comienza a suscitar opiniones controversiales entre cualificados en el sector y ciudadanos es el desarrollo de la Inteligencia Artificial (IA), ya considerada por muchos como el motor de una nueva revolución industrial. Se ha convertido en un motor crucial del progreso económico y cultural, reforzando las capacidades militares, expandiendo la influencia política y convirtiéndose en un punto focal en la competencia global por el desarrollo (Saveliev y Zhurenkov, 2021). La utilización de la IA se dispone cada vez de manera más transversal en un amplio abanico de funciones tanto cotidianas como laborales, desde los mercados financieros hasta el ámbito sanitario o el transporte, llegando incluso a desempeñar mejores resultados que el trabajo humano. El desarrollo de esta tecnología podría configurar una nueva estructura del mercado laboral y abrir nuevos límites en la productividad.

Según el Índice de IA del 2025 elaborado por la Universidad de Standford, EE. UU sigue a la cabeza en la producción de modelos de inteligencia artificial, pero China se encuentra cada vez más cerca de igualarlo. Según dicho estudio, en 2024 Estados Unidos configuró 40 modelos productivos de IA, un número significativamente mayor que los 15 producidos por el gigante asiático. Si bien a nivel cuantitativo es una brecha significativa, a nivel cualitativo los modelos chinos han reducido por completo dicha

brecha y las diferencias de rendimiento son equitativas (como bien se muestra en el gráfico).

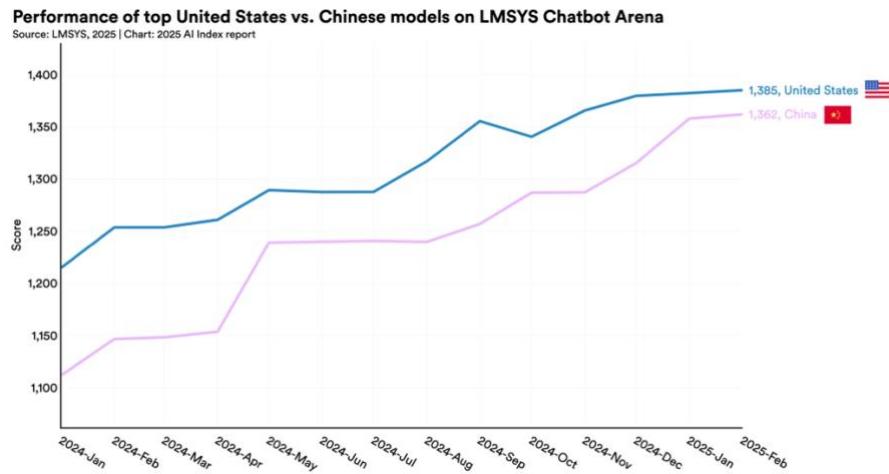


Figura 7: Producción de modelos top de IA. Fuente: LYMS, 2025. Elaboración: Universidad de Stanford.

Pese a que la inversión privada estadounidense aumentó hasta los 109 billones de dólares en 2024 y la china se mantuvo por debajo de los 10 billones, China sigue manteniéndose a la cabeza en cuanto a las publicaciones sobre IA y la producción de patentes.

Además, en un mundo donde la economía se sostiene en base a sistemas de confianza entre agentes, es fundamental que una población deposite su confianza en el enclave tecnológico de manera que se retroalimente su desarrollo. En este aspecto, China se encuentra liderando el ranking de países cuya población contempla a la IA como una herramienta más beneficiosa que perjudicial, con el 85% a favor. No obstante, EE. UU. se posiciona en la cola de dicho ranking de confianza, con tan solo un 39% y solo por detrás de Países Bajos.

La apuesta china es contundente y así se demostró el 27 de enero de este mismo año cuando la plataforma DeepSeek lanzó su aplicación conversacional, logrando convertirse en la aplicación más descargada de EE. UU. el día de su lanzamiento (superando a ChatGPT, la aplicación análoga de OpenAI) y haciendo que las acciones de los principales gigantes tecnológicos de la industria se desplomaran, incluido Nvidia con una caída de hasta el 17%, constituyendo así el primer “Lunes Negro” del recién estrenado mandato de Trump. El analista de mercados financieros Ivan Feinseth, describió a DeepSeek como “el primer disparo en lo que está emergiendo como una carrera espacial global de IA”.

Una de las peculiaridades que diferencia el bot chino del bot americano es que se trata de un software de código abierto, lo que significa que su código de fuente es público y puede ser susceptible a modificaciones, uso y distribuciones bajo licencias de código

abierto. Además, un informe publicado en GitHub por los propios desarrolladores de DeepSeek situaban el margen coste-beneficio en un 545%, mostrando una altísima rentabilidad que evidencia las posibilidades de OpenAI.

El punto clave sobre el desarrollo de utilidades producidas por la inteligencia artificial es la disposición de datos que se tengan al alcance. Un ejemplo claro se muestra en la utilización de tecnología financiera— popularmente conocido como *Fintech*—. La modernización en lo que a esta cuestión se respecta aún no ha calado en la sociedad americana, que cuenta con 2/3 de población empleando el sistema de tarjetas de crédito/débito para la realización de pagos, mientras que en China hasta el 90% de la población utiliza aplicaciones móviles (como AliPay o WeChat) para dichas transacciones (Kang, 2024). Esto, junto con la ventaja fulminante de superioridad numérica de la población, configura un mercado doméstico de datos muy interesante con los que poder abordar técnicas sobre los comportamientos de los consumidores, lo cual se traduce en valor para las empresas y mayor capacidad de experimentación.

Otra cuestión relevante con relación a la guerra tecnológica se halla en la batalla geopolítica por los semiconductores. Un semiconductor es todo aquel material que, dependiendo de las circunstancias —temperatura, presión, radiación y campos magnéticos—, puede actuar como conductor, permitiendo el paso de la corriente, o como aislante, impidiendo el paso de la misma (Iberdrola, 2021).

Debido a sus amplias posibilidades de utilización, los semiconductores son uno de los materiales más codiciados del mundo y se tratan de la tecnología más definitoria del panorama global. Bajo esta premisa, China y EE. UU. han establecido una competición por su control y desarrollo, que no solo otorga ventajas tecnológicas al ganador, sino que configura las bases de un nuevo panorama político dentro del sistema mundial.

El punto clave del conflicto se centra en la fabricación de los chips, cuya funcionalidad se halla en el procesamiento de información, el almacenamiento de datos y el control del funcionamiento de sistemas complejos mediante la integración de millones de transistores en un espacio reducido. Son fundamentales para el desarrollo de otras áreas como la IA o el 5G. Estados Unidos ha mantenido el liderazgo en el diseño de estos chips tras más de cincuenta años de desarrollo de su industria. Sin embargo, debido a la inversión interna y a la competencia extranjera, esta posición se ha ido debilitando con el paso del tiempo. En 1990, EE. UU. se involucraba en el proceso de fabricación en un 37% de la producción mundial de semiconductores, mientras que hoy en día ese porcentaje ha caído hasta el 12% (Allison et. al, 2021). Actualmente China cuenta con el 15% de capacidad manufacturera, un aumento significativo con respecto al 1% que ostentaba en la década de los 90. No obstante, el país que ocupa la mayor cuota de mercado en el sector y que juega un papel fundamental en las cadenas de suministro tecnológicas globales es uno de los puntos claves y que más tensión suscita dentro del esquema geopolítico: Taiwán, concentrando la producción del 41% de los chips procesadores a nivel mundial y aproximadamente del 90% de los más avanzados. En el XX Congreso Nacional del PCCh, Xi Jinping enfatizó en que “*resolver el problema de Taiwán [...] es un requisito inevitable para el gran rejuvenecimiento de la nación china*” (Red de Noticias del Partido Comunista de China - Diario del Pueblo en Línea, 2022).

La empresa TSMC acapara el 56% de la producción de microchips (TrendForce, 2021), pionera en el desarrollo de nuevos nodos y la construcción de nuevas *fabs* (fábricas especializadas en nuevas tecnologías) desde finales de la década de los 80. Esta posición estratégica ha elevado de forma significativa la relevancia de Taiwán para la economía y la capacidad militar de Estados Unidos, en tanto que se ha popularizado el concepto de “escudo de silicio”, en referencia a la doble protección que su industria tecnológica le proporciona tanto en el ámbito económico como en el geopolítico. La importancia de un producto tan valioso como los semiconductores le concede a la isla un salvoconducto en caso de una escalada militar por parte de China y un cheque de garantía por parte de EE. UU. en cuanto a su defensa.

No obstante, las tendencias podrían cambiar en los próximos años. La industria de los semiconductores del gigante asiático estaría por incrementar un 40% durante los próximos cinco años (TechInsights, 2025), y es que el país está realizando grandes inversiones en *fabs* especializadas con el fin de reducir la dependencia con Taiwán. Se espera que, para la próxima década, China se convierta en el mayor productor de semiconductores del mundo, con un 24% de cuota de mercado.

Este potencial acontecimiento le ha sido suficiente a EE. UU. como para legitimar el estallido de una guerra comercial cuyo primer objetivo no es el dominio internacional del comercio, sino la defensa de sus intereses nacionales a través de la contención de China. Es por eso por lo que en 2024 el gobierno de Biden anunció la subida de los aranceles a los semiconductores chinos del 25% al 50% con el fin de “*proteger a los trabajadores y empresas estadounidenses de las injustas prácticas comerciales*”. Lo dejaba claro en su cuenta de X: “*China está decidida a dominar estas industrias. Yo estoy decidido a asegurarme de que Estados Unidos lidere en ellas.*” Con estas premisas, la guerra tecnológica se cimienta en base a una capa mucho más profunda, una guerra de chips.

Como bien se ha analizado anteriormente, Trump ha continuado optando por un recrudecimiento del conflicto (con las respectivas treguas ya mencionadas). Lejos de beneficiar a las empresas nacionales, el propio presidente ha tirado piedras a su propio tejado hostigando a sus propias empresas. Con la prohibición (momentánea) de la exportación de microchips a China, empresas como Nvidia registraron pérdidas cercanas a 5.500 millones de dólares con una bajada substancial de sus acciones. Pero estas prohibiciones no han supuesto un impedimento para el país asiático. Y es que la prohibición afectaba directamente a China, pero no a sus países aliados. Si un chip de Nvidia es vendido a una empresa en, por ejemplo, Singapur y China acude a su compra allí, el resultado es: pérdidas de dinero para las empresas estadounidenses y China adquiriendo un producto vetado con el que puede seguir motivando su desarrollo autóctono.

En Europa sucede algo similar. La empresa neerlandesa ASML, clave en la fabricación de máquinas de litografía EUV —una tecnología vanguardista en la fabricación de circuitos integrados con luz ultravioleta extrema— fue presionada por el gobierno americano para prohibir las exportaciones a China. El país asiático, por supuesto, no se ha quedado de brazos cruzados. Este mismo año salía la noticia de que Huawei había sido capaz de desarrollar su propia máquina análoga a la neerlandesa, un hito histórico

especialmente en industrias donde suele existir un único competidor global debido a la complejidad de los procesos de fabricación. Queda en evidencia que el aislamiento a China desde Washington será un objetivo cada vez más difícil de cumplir. Sus aliados no están dispuestos a operar bajo el yugo de la política exterior americana cuando tienen a su principal comprador en la cuenca del Pacífico.

Bajo esta lógica se entienden las treguas y concesiones acordadas en la coyuntura de la guerra comercial. En un mundo donde los grandes monopolios establecen relaciones tan estrechas de interdependencia entre ellos, un mínimo cambio puede alterar gravemente las cadenas de suministros globales. Estados Unidos debe ser consciente de que ya no es el único agente global y que su capacidad de decisión está cada vez más limitada. El bloqueo tecnológico ya no es una opción plausible y cualquier medida desesperada es tan solo una tiritita para tapar una herida abierta.

La irrupción de China en los distintos sectores donde EE. UU. ocupa posiciones de liderazgo puede suscitar la siguiente duda: Si EE. UU. posee los mejores modelos tecnológicos, ¿resulta realmente determinante que los modelos estadounidenses superen ligeramente en eficiencia a los desarrollados en China, si estos últimos son capaces de alcanzar alrededor del 90 % de su rendimiento en las tareas clave? ¿Hasta qué punto es verdaderamente determinante esa pequeña brecha de eficiencia si luego los costes son显著mente inferiores en los competidores rivales (como sucede con Deepseek)?

De nada sirven las estrategias de contención si desde Pekín se logran la mayoría de las ventajas que permite la IA avanzada o los microchips de última generación.

7. CONCLUSIÓN

Durante décadas, EE. UU. se ha colgado la bandera del liberalismo a la espalda como si fuera el disfraz que lo convertía en el héroe que necesitaba occidente. Apostó por la globalización como una estrategia que lo situaba en una posición de dominio mundial. Washington se erigió como el principal garante del orden liberal, impulsando la expansión de la democracia representativa, el libre comercio y las instituciones multilaterales como mecanismos para consolidar su hegemonía y asegurar su estabilidad global bajo su propio marco ideológico.

Mientras todo esto sucedía al otro lado del charco, en Asia se estaba cocinando un nuevo escenario. El acuerdo de los nuevos tratados comerciales y la apertura de puertos trasladaron al Pacífico el centro de gravedad de la economía mundial. El país que promovió la creación de la OMC vio en este proceso una oportunidad de rédito sin precedentes. Se abría ante sus puertas un continente entero que le permitía ampliar mercados para sus productos, servicios y capital y, por otro lado, permitía a sus empresas reducir costes de producción mediante la deslocalización y la cooperación tecnológica. En esta región del globo, Estados Unidos solo tenía que concentrar sus esfuerzos en asegurarse de que no surgiera una nueva potencia que lo desplazara y promover instituciones que fueran favorables a sus intereses nacionales. Con lo que no contaba el coloso americano era con que este nuevo sistema globalizado lo convertiría en su propio verdugo.

Hoy, bajo el mandato de Trump, Estados Unidos ya no es un país competidor de “libre mercado”. Ahora impone aranceles punitivos y trabas regulatorias que se interponen en las relaciones comerciales. Desde el despacho oval se habla de “justicia comercial”; de lo que verdaderamente se trata es de un proteccionismo nacionalista. Y quizás lo más importante, el fin de una era.

La globalización ha muerto. Y Trump, agarrado a la hegemonía como quien se agarra a un clavo ardiendo, ha sido su sepulturero. Estados Unidos es ese caballo que quiere correr solo. Pero quien corre solo, solo vive espejismos. ¿El resultado? Una economía inerte, cada vez más cara, carente de eficiencia y que no puede asumir las relaciones dependientes que una vez estableció.

Resulta inevitable preguntarse cuáles son los nuevos horizontes que deparan al porvenir del panorama internacional. La esfera geopolítica amanece cada día con nuevas tensiones que, en el mejor de los casos resultan amenazas banales a las relaciones diplomáticas y en el peor de los casos —cada vez con mayores precedentes— en nuevos conflictos bélicos que hieren la estabilidad política. Según el economista estadounidense Jeffrey D. Sachs, “la teoría multilateralista, sostiene que sólo la cooperación global y el multilateralismo, organizados en torno a las instituciones de las Naciones Unidas, pueden salvarnos ya sea de la guerra, de peligrosas tecnologías o del cambio climático inducido por el hombre (Sachs, 2023). Sin embargo, la visión multilateral del mundo que ofrece la cooperación entre estados a través de negociaciones pacíficas y acuerdos es incompatible con las políticas domésticas —con fuerte carácter nacionalista y ampliamente proteccionista— de la administración Trump, que se retroalimentan bajo el eslogan electoral de “*America First*”. La retirada de la presencia de EE. UU. de organizaciones como el Acuerdo de París sobre el clima, el TPP (Acuerdo de Asociación Transpacífico) o la UNESCO, sumado a las múltiples presiones a sus aliados a través de la OTAN, demuestra que el país americano ha roto con el papel que asumió tras la II GM.

¿Y cuál es el papel de China en toda esta situación? Esta cuestión es el centro de debate de muchos académicos occidentales. Lo que sí es un hecho es que Pekín ha logrado incrementar su influencia global sin recurrir a una confrontación militar directa. El impulso estratégico orientado a alcanzar la autonomía tecnológica, sumado a la transferencia de conocimiento derivada de la deslocalización de industrias de alto valor, el auge de la economía digital y la visión a largo plazo de sus dirigentes ha transformado profundamente el panorama global. Como resultado, en este primer cuarto de siglo, China se ha consolidado como una potencia con una notable capacidad innovadora, capaz de competir en prácticamente todos los ámbitos del conocimiento y tecnología.

8. BIBLIOGRAFÍA

- Allison, G. (2025, May 19). China is now the world's largest economy. we shouldn't be shocked. *The National Interest.* <https://nationalinterest.org/feature/china-now-worlds-largest-economy-we-shouldnt-be-shocked-170719>
- Allison, G., Kiersnowski, N., & Fitzek, C. (2022, March 23). *The Great Economic Rivalry: China vs the U.S.* The Belfer Center for Science and International Affairs. <https://www.belfercenter.org/publication/great-economic-rivalry-china-vs-us>
- Allison, G., Klyman, K., Barbesino, K., & Yen, H. (2021, December 7). *The Great Tech Rivalry: China vs the U.S.* The Belfer Center for Science and International Affairs. https://www.belfercenter.org/publication/great-tech-rivalry-china-vs-us?_ql=1*4liqx7*gcl_au*MjI1MDE2NDYwLjE3NjAwMTYwNTq.*qa*MTI5NzMxNjE1OS4xNzYwMDE2MDU5*qa_72NC9RC7VN*czE3NjAwMTYwNTq
- Barnes, J. E. (2021, October 8). C.I.A. reorganization to place new focus on China. *The New York Times.* <https://www.nytimes.com/2021/10/07/us/politics/cia-reorganization-china.html>
- China desarrolla su propia máquina de litografía EUV, desafiando el monopolio de ASML.* (2025, 13 marzo). CGTN En Español. <https://espanol.cgtn.com/news/2025-03-13/1900121990372589569/index.html>
- Great Power Competition: Implications for Defense—Issues for Congress.* (n.d.). Congress.gov | Library of Congress. <https://www.congress.gov/crs-product/R43838>
- Cruz, J. (2020). InnovaCon ENSAYO 3 OLAS DE SCHUMPETER Andre Cruz. *Galileo.* https://www.academia.edu/44473613/Innovacon_ENSAZO_3_OLAS_DE_SCHUMPET_ER_Audre_Cruz
- Deepseek-Ai. (s. f.). open-infra-index/202502OpenSourceWeek/day_6_one_more_thing_deepseekV3R1_inference_system_overview.md at main · deepseek-ai/open-infra-index. GitHub. https://github.com/deepseek-ai/open-infra-index/blob/main/202502OpenSourceWeek/day_6_one_more_thing_deepseekV3R1_inference_system_overview.md
- Fewsmith, J. (2021). Rethinking Chinese politics. <https://doi.org/10.1017/9781108923859>
- Fundación Consejo España China. (2021b, julio 19). *El centenario: 100 años del Partido Comunista Chino.* <https://spain-china-foundation.org/100-anos-pcc/>
- Gaddis, H. B. a. J. L. (2023, June 26). The New Cold War: America, China, and the echoes of history. Foreign Affairs. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2021-10-19/new-cold-war>

Gertz, G. (2020, 11 marzo). 'Phase one' China trade deal tests the limits of US power. *Brookings*. https://www.brookings.edu/articles/phase-one-china-trade-deal-tests-the-limits-of-us-power/?utm_source=chatgpt.com

Guo, C. (2025, 15 diciembre). *China's Grand Strategy in the Context of the Sino-US Strategic Rivalry*. Vestnik RUDN. International Relations. <https://journals.rudn.ru/international-relations/article/view/44780/24897>

Helleiner, E. (2024). Economic globalization's polycrisis. *International Studies Quarterly*, 68(2). <https://doi.org/10.1093/isq/sqae024>

Hlovor, I., & Mawuko-Yevugah, L. (2024b). Current World-System and Conflicts. *Journal Of World-Systems Research*, 30(2), 583-609. <https://doi.org/10.5195/jwsr.2024.1192>

Iberdrola. (2021, April 22). SEMICONDUCTORES. Iberdrola. <https://www.iberdrola.com/conocenos/nuestro-modelo-innovacion/semiconductores>

Made in China 2025 - Modernizing China's industrial capability. (2018, June 1). Institute for Security and Development Policy. <https://www.isdp.eu/publication/made-china-2025/>

Jiménez, M., Jiménez, M., & Jiménez, M. (2025, 16 abril). Trump causa a Nvidia pérdidas de 5.500 millones de dólares al prohibirle exportar a China un nuevo chip. El País. <https://elpais.com/economia/2025-04-16/trump-causa-a-nvidia-perdidas-de-5500-millones-de-dolares-al-prohibirle-exportar-a-china-un-nuevo-chip.html>

Kang, N. S. A. R. (2024, 26 noviembre). Financial Technology Is China's Trojan Horse: Popular Chinese Mobile Payment Apps Are Just the Tip of the Spear. Foreign Affairs. <https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2021-01-13/financial-technology-chinas-trojan-horse>

Kharpal, A. (2024, 2 enero). ASML blocked from shipping some of its critical chipmaking tools to China. CNBC. <https://www.cnbc.com/2024/01/02/asml-blocked-from-exporting-some-critical-chipmaking-tools-to-china.html>

López Canorrea, A., Marrades, À., & González Márquez, J. (2023). *La pugna por el nuevo orden internacional: Claves para entender la geopolítica de las grandes potencias*. Espasa.

Marín, J. L. (2023, 13 marzo). Los principales fabricantes de microchips del mundo - Mapas de El Orden Mundial - EOM. El Orden Mundial - EOM. <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/principales-fabricantes-microchips-mundo/>

Nazareth, R. (2025, 27 enero). Stock Market Today: Dow, S&P Live Updates for Jan 27. Bloomberg.com. <https://www.bloomberg.com/news/articles/2025-01-26/asia-eyes-cautious-open-as-tariffs-remain-in-focus-markets-wrap?embedded-checkout=true>

Sachs, J. D. (2023). The new geopolitics. *Horizons: Journal of International Relations and Sustainable Development*, 22, 10–21. <https://www.jstor.org/stable/48724670>

Schindler, S., Alami, I., DiCarlo, J., Jepson, N., Rolf, S., Bayırbağ, M. K., Cyuzuzo, L., DeBoom, M., Farahani, A. F., Liu, I. T., McNicol, H., Miao, J. T., Nock, P., Teri, G., Seoane, M. F. V., Ward, K., Zajontz, T., & Zhao, Y. (2023b). The Second Cold War: US-China Competition for Centrality in Infrastructure, Digital, Production, and Finance Networks. *Geopolitics*, 29(4), 1083-1120. <https://doi.org/10.1080/14650045.2023.2253432>

Smith, C. (2025, June 13). Where's the inflation from tariffs? Just wait, economists say. The New York Times. <https://www.nytimes.com/2025/06/13/business/economy/tariff-trade-war-inflation.html>

The 2025 AI Index Report | Stanford HAI. (s. f.). <https://hai.stanford.edu/ai-index/2025-ai-index-report>

China's Semiconductor Production Capacity to Grow by 40% in Five Years | TechInsights. (2025b, septiembre 30). https://www.techinsights.com/blog/chinas-semiconductor-production-capacity-grow-40-five-years?utm_source=direct&utm_medium=website

The Economist. (2025, January 23). Do tariffs raise inflation? The Economist. <https://www.economist.com/finance-and-economics/2025/01/23/do-tariffs-raise-inflation>

The Economist. (2025, February 2). Trump's brutal tariffs far outstrip any he has imposed before. The Economist. <https://www.economist.com/finance-and-economics/2025/02/02/trumps-brutal-tariffs-far-outstrip-any-he-has-imposed-before>

How the world will look in 50 years. (1992, October 15). TIME.com. <https://content.time.com/time/subscriber/article/0,33009,976739-3,00.html>

The White House. (2017). National Security Strategy of the United States of America. En <https://trumpwhitehouse.archives.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf>

TRADING ECONOMICS. (s. f.). Tasa de inflación de Estados Unidos | 1914-2025 Datos | 2026-2027 Expectativa. <https://es.tradingeconomics.com/united-states/inflation-cpi>

The People's Republic of China. (s. f.). United States Trade Representative. [https://ustr.gov/countries-regions/china-mongolia-taiwan/peoples-republic-china#:~:text=China%20Trade%20Summary,\(%2412.1%20billion\)%20from%202023.](https://ustr.gov/countries-regions/china-mongolia-taiwan/peoples-republic-china#:~:text=China%20Trade%20Summary,(%2412.1%20billion)%20from%202023.)

Winecoff, W. K. (2020). "The persistent myth of lost hegemony," revisited: structural power as a complex network phenomenon. *European Journal Of International Relations*, 26(1_suppl), 209-252. <https://doi.org/10.1177/1354066120952876>

WIPO. (2025). Intellectual property statistical country profile 2025. En <https://www.wipo.int/en/web/ip-statistics/country-profiles#C. World Intellectual Property Indicators>.

World Bank Group. (2023, 25 septiembre). Lifting 800 Million People Out of Poverty – New Report Looks at Lessons from China's Experience. World Bank.

<https://www.worldbank.org/en/news/press-release/2022/04/01/lifting-800-million-people-out-of-poverty-new-report-looks-at-lessons-from-china-s-experience#:~:text=BEIJING%2C%20April%20201%2C%202022%E2%80%94%20Over,million%20over%20the%20same%20period>

World Economic Outlook, April 2025: A Critical Juncture amid Policy Shifts. (2025, April 22).

IMF. https://www.imf.org/en/Publications/WEO/Issues/2025/04/22/world-economic-outlook-april-2025?cid=ca-com-compd-pubs_belt

Wu, C. X. (2024). A bargaining theory of US–China economic rivalry: Differentiating the trade and technology wars. *The Chinese Journal of International Politics*, 17(4), 323–345.
<https://doi.org/10.1093/cjip/poae017>

Zahn, M. (2025, 27 enero). Nvidia, Microsoft shares tumble as China-based AI app DeepSeek hammers tech giants. ABC News. <https://abcnews.go.com/Business/nvidia-microsoft-shares-tumble-china-based-ai-app/story?id=118136157>

马娟. (s. f.). 国务院关于印发《中国制造2025》的通知_机械制造与重工业_中国政府网.

https://www.gov.cn/zhengce/content/2015-05/19/content_9784.htm

(受权发布)习近平:在中国科学院第二十次院士大会、中国工程院第十五次院士大会、中国科协第十次全国代表大会上的讲话-新华网. (s. f.). http://www.xinhuanet.com/politics/2021-05/28/c_1127505377.htm

高举中国特色社会主义伟大旗帜 为全面建设社会主义现代化国家而团结奋斗--中国共产党第二十次全国代表大会专题报道--人民网. (n.d.). 人民网版权所有.
<http://cpc.people.com.cn/20th/n1/2022/1017/c448334-32546343.html>